



que le dije que le agradecía, pero que me parecía un trabajo superfluo porque yo me arreglo con cualquier cosita y con un huevo frito con patatas me quedo tan contento, y que masa de hojaldre para volovanes, pues para qué...

- ¿Para qué, Lola, masa de hojaldre para volovanes?

- Pues para hacer volovanes para rellenarlos de crema de gambas para rellenar volovanes; que también tengo que hacerla.

Y echó una ojeada a su reloj y, en tono apremiante, a mí que dejara de importunarla con tontadas y fuese poniendo la mesa.

- No necesito mesa — respondí —; sabe perfectamente que siempre que como en casa lo hago en la bandeja del Derby de Epsom. Y hoy, que apenas tengo hambre porque si no he ido al ministerio es porque tengo gripe...

- Para cuatro — indicó.

- ¿Qué cuatro?

- Pues usted, su madre, su tía y el capitán.

- ¿El capitán?

- Sí — ella —, y no me quiera confundir. Hoy no ha ido al ministerio porque es sábado. Y su salud perfecta. Y la comida es especial, un poquito de ceremonia como si dijéramos, así que haga el favor de irse arreglando.

- ¿Para celebrar que es sábado y mi salud perfecta?

- Para recibir a sus invitados. No sea ganso.

- ¿Me pongo el chaqué? — Pregunté con un punto de ironía.

- No hace falta exagerar. Pero uno de los trajes buenos, y una corbata bonita, y los gemelos de su tía Luisa que, por cierto, se va a sentir un poquito dolida de no haber sido invitada para ocasión tan señalada...

- ¿Y cuál es entonces la que viene?

- Pues la del capitán ¿O es que no termino de decírselo?

- Y dale con el capitán, Lola ¿De qué capitán habla?

- Pues del barco ¿De qué capitán va a ser?

- No sé de ningún barco, Lola, ni de ningún capitán... ¿Ha consultado su agenda; está segura de que hoy no es martes y que no tendría que estar en cualquiera de sus otras casas?

- No es martes — replicó terca, abriendo el horno —, y donde tengo que estar es exactamente en esta cocina porque usted mi pidió por favor, eso sí fue el martes, que viniera a preparar la comida por lo de... ya sabe, y me figuro que no tendré que ser yo quien lo ponga a usted al corriente de sus acontecimientos familiares, pero, si usted se empeña...

- Me empeño.

– Bien, pues se lo cuento. Aunque es usted un poquito exasperante — ahora debía de estar haciendo la crema, de gambas, y apretaba botones en la batidora — ¿O me va a decir que yo me he inventado lo de la (...)?

– ¿La qué?

– ¿Decía? — ella, parando la batidora.

– Que se ha inventado, con el ruido de ese chisme no he podido entenderla, no sé qué...

– Es justo lo que le estoy diciendo — apretó otra vez el botón y alzó la voz — ¡que no me lo he inventado!

Y la volvió a parar.

– No, si eso ya — yo — Pero que lo de la qué. Quiero decir.

– Vamos a ver — ahora sacaba con una espátula la crema de la batidora y, con mucha pulcritud, la iba poniendo en un recipiente de cristal —; su tía, ¿no estaba de viaje?

– Por las islas griegas, sí.

– ¿Y en qué medio de transporte viajaba?

– Pues, si era un crucero, en un barco... ¿Voy bien?

– Estupendamente — colocó el recipiente con la salsa en la nevera, y la cerró. Y haciendo girar su muñeca estiró el índice y, señalando donde el dedo al buen tuntún quiso apuntar, agregó —: Pues de ese barco, de ese barco precisamente es capitán de navío el capitán de navío que viene a pedir la mano de su tía... ¿lo ha entendido?

- ¿La mano de mi tía?

- Eso es — Y se chupó el dedo de salsa. Y se lavó las manos al grifo.

- ¡Pero si mi tía es un callo!

-Chist — Terminó de secarse las manos y se llevó el índice a los labios y, en voz baja — ¿O quiere que lo oiga Indalecio?

- ¿Qué, que va a chivárselo?

- Pues por qué no, con lo listo que es y tanto como habla.

Y que ahora, entiéndase quiero decir “entonces” porque “ahora” yo estoy en otra parte y en otra historia y a saber dónde estará Lola, la disculpase — dijo, sin marcar más pausa que el punto (.) y tirando de la lazada de su delantal — pero tenía que marcharse.

- ¿Sin haber terminado los volovanes?

- El libro que está escribiendo no es de cocina — Respondió alzando la voz, que me llegó desde el pasillo mezclada con el repiquetear de sus tacones.

Y, antes de que la puerta de calle se cerrase a su espalda (tuve que imaginar, porque no la veía), agregó que el resto era asunto mío.

Pero no me preocupé — escribo —porque pensé que aquello era tan sólo otro fundido en negro, de esos que gustaba utilizar mi amigo y que ya había empleado la tarde en que, en la cafetería, Manolita se puso muy nerviosa porque un tipo musculoso amenazó con liarse a tiros si no aparecía de inmediato un abridor.

– ¿Y qué pasó con él? — Mi madre, que hoy no se ha conformado con leer por encima de mi hombro sino que ha echado mano tan resuelta a los cuatro folios¹ que llevo escritos y, tras leerlos bisbiseando (que no sé para qué hago una aclaración tan innecesaria cuando todo el mundo sabe que las madres siempre leen los deberes de sus hijos bisbiseando) y dar un suspiro a continuación del abridor, quiere conocer más detalles.

– Pues que apareció.

– Eso ya lo sé. Tu amigo te desanimó diciendo que no te veía preparado para enzarzarte en una pelea con aquel tipo fortachón; y tú, que ya desde niño has tenido tan poquísima iniciativa y siempre te has dejado mangonear...

Y, cambiando de tono, como no queriendo (o queriendo dar la sensación de no querer) ahondar en alguna herida (no sé si suya, por sentirse no sé si culpable o si frustrada; o mía, por imaginarme frustrado no sé si sabe si por sentirme culpable de no haber estado a la altura de qué esperaba de mí o si por no haber hecho nunca acopio de valor para liberarme de su influjo) mal cerrada, dice “estoy preguntando por el capitán”.

– ¡Ah! El capitán...

¹ Porque ha venido, a visitarme. A mí me gusta más que estas cosas pasen por teléfono y que el que llame sea algún amigo o, puestos a fantasear, mi editor — impaciente pero disimulando su inquietud porque sabe que a los creadores no se nos puede atosigar y que las musas son terriblemente caprichosas — porque entonces le puedo decir “aquí, escribiendo” y más cuando, como hoy en concreto, es verdad — y sentirme escritor e importante.

– “¡Ah el capitán!” — Ella — Ah el capitán y esa Lola entrometida que, permíteme que te lo diga, nunca me gustó.

– Pero mamá — intento razonar —, ¿a santo de qué me sales ahora con Lola?

– A santo de qué me sal... — que es costumbre de mi madre; repetir las primeras palabras de la pregunta que se le hace — Pues a santo de que es una enredadora; te mete en canción con lo de la boda y, luego, con todo ya más o menos encarrilado, va y desaparece.

– Se llama “fundido en negro” — le explico — y es seguro que si mi amigo ha utilizado ese recurso estilístico ha sido para dar paso a una nueva situación que hará dar un giro, imprimirá frescura o algún toque inesperado al relato.

Y ahora, pienso, será mi amigo el que proteste cuando lo lea. Que se quejará de que siempre tiene que ser él el que me saque las castañas del fuego y que nada más me acuerdo de él cuando estoy en apuros, y que “cuando las cosas te van bien” — dirá —, cuando estoy inspirado, tiro para adelante tan feliz y tan despreocupado de todo cuanto no sea, dice, “tu obra”; sin acordarme de nada ni de nadie.

Yo le contestaré entonces — me digo — que de tan feliz y despreocupado nada porque no podrá él jamás imaginarse lo angustiada, lo estresante que es la labor del escritor...

– Pero para qué — reconsidero, poniendo punto final a la conversación que nos ha ocupado toda una tarde perdida, infructuosa, en palabrería que se llevará el aire

— explicarte algo que, sin duda, tu sabes mucho mejor que yo.

Y él dice que sí.

Y que con mucha frecuencia eso pasa; que después de horas, incluso a veces días y quién sabe si no semanas e incluso meses dando vueltas a la cabeza tratando de atrapar alguna idea, o la idea no viene o, si se presenta, no encuentras manera de darle forma y, desesperado, haces una pelota con los folios y terminan en la papelera.

– Pero esa es una zozobra eterna, ineludible, con la que poco a poco, ya lo verás, te irás acostumbrando a vivir.

Y antes de despedirnos me da una palmadita afectuosa en la espalda; y sonriente me dice “levanta ese ánimo” y que voy muy bien.